



Y la razon era muy sencilla, el gallo habia cantado á las doce del dia.

Cuando el gallo canta á una hora estraordinaria, no se encuentra la pesca.

Sin embargo, á la caida de la tarde de aquel dia, un pescador que regresaba á Omptolle experimentó una sorpresa.

A la altura del Houmet Paradis, mas allá de las dos Brayes y de las dos Grunes, teniendo á la izquierda la baliza de las Plattes Fougères, que representa un embudo vuelto al revés, y á la derecha la baliza de Saint-Sampson que representa una figura de hombre, creyó percibir una tercera baliza.

¿Qué significaba aquella baliza desconocida?

¿Cuándo la habian colocado en aquel punto? ¿qué bajío indicaba?

La baliza respondió á todas las interrogaciones; se movia y, por consiguiente, era un mástil.

No por eso disminuyó el asombro del pescador. Una baliza llamaba la atencion; mas debia llamarla aun un mástil.

Allí no habia pesca posible.

Cuando todos los buques entraban, alguno salia.

¿Quién, y por qué?

Diez minutos despues, el mástil, caminando lentamente, llegó á alguna distancia del pescador de Omptolle, el cual no pudo reconocer la barca.

Oyó remar.

Era pues, probablemente un hombre solo.

El viento era Norte; aquel hombre bogaba sin duda alguna para ir á tomar el viento mas allá de la punta Fontenelle.

Allí, probablemente, se haria á la vela.

Contaba pues con doblar la Ancrese y el monte Crevel.

¿Qué significaba aquello?

El mástil pasó, el pescador entró.

Aquella misma noche, en la costa Oeste de Guernesey, varios observadores casuales, separados uno de otro y aislados, hicieron observaciones á distintas horas y en distintos puntos.

Cuando el pescador de Omptolle acababa de amarar su barca, un carretero de fuco, á una media milla mas de distancia, guiando sus caballos por la carretera desierta de las Clotures, en las inmediaciones de los postes seis y siete, vió en el mar, casi al estremo del horizonte, en un punto poco frecuentado, entre la Roque-Nord y la Sablonneuse, una vela que se izaba.

Paró poco entonces en ello la atencion, mas preocupado por su carro que por ningun buque.

Media hora habia trascurrido desde que el carretero habia distinguido aquella vela, cuando un albañil que volvía de su trabajo de la ciudad por las inmediaciones de la ciénaga Palée, se encontró de pronto casi delante de una barca que avanzaba muy atrevidamente entre las ro-

cas del Querun, de la Rousse de Mer y de la Gripe de Rousse.

La noche estaba oscura, pero el mar estaba claro, como sucede con frecuencia, y se podían distinguir á lo lejos las idas y venidas.

No había en el mar mas que aquella barca.

Un poco mas abajo, y un poco mas tarde, un revendedor de langostas, disponiendo su mercancía en el mégano que separa el Port-Soif del Port-Enfer, no pudo comprender lo que hacia una barca que se deslizaba entre la Boue Corneille y la Moulrette.

Necesario era para arriesgarse á tanto ser muy buen piloto y tener mucha precision de llegar á algun punto dado.

Las ocho estaban dando en Catel, cuando el tabernero de Cobo Bay observó con no poca estrañeza que habia una vela mas allá de la Boue du Jardin y de las Grunettes, muy cerca de la Suzanne y de las Grunes del Oeste.

No lejos de Cobo Bay, en la punta solitaria del Houmet de la bahía Vason, dos amantes estaban á la vez separándose y deteniéndose.

En el momento de decir la jóven al galan:—«Me voy, no porque no desee estar a tu lado, sino porque tengo mis ocupaciones,» les distrajo de su beso de despedida una barca bastante grande que pasó muy cerca de ellos dirigiéndose hácia las Messellettes.

Monsieur Le Pere des Norgiots, que habitaba en Co-

tillon Pipet, á cosa de la nueve de la noche estaba ocupado examinando un agujero hecho por algunos merodeadores en la cerca de su huerta, la Jennerotte, y de su plantacion de árboles.

Mientras se estaba haciendo cargo de los daños que le habian ocasionado, no pudo abstenerse de seguir con la mirada una barca que á aquellas horas de la noche doblaba temerariamente el Crocq-Point.

Al dia siguiente de una tempestad, cuando queda aun mar de fondo, semejante itinerario era poco seguro. Era una imprudencia escogerlo no sabiendo al dedillo todos los canalizos.

A las nueve y media, en el Equerrier, un pescador, que estaba trasportando sus redes, se detuvo algun tiempo para observar entre Colombelle y la Souffleuse cierta cosa que debia ser un buque.

Si era un buque, se esponia mucho, porque allí se producen repentinamente ráfagas de viento sumamente peligrosas.

La roca Souffleuse (Sopladora) se llama asi porque envia de repente á los buques un soplo inesperado.

En el instante de levantarse la luna, subida enteramente la marea y estando la mar tranquila en el pequeño estrecho de Li-Hou, el guarda solitario de la isla de Li-Hou se hizo cruces, viendo pasar entre la luna y él una voluminosa figura negra.

Aquella figura negra, alta y estrecha, parecia un sudario que andaba.

Se deslizaba lentamente por encima de la especie de muros que forman los bancos de rocas.

El guarda de Li-Hou creyó reconocer la Dama Negra.

La Dama Blanca habita el Tau de Pez d'Amont, la Dama Parda habita el Tau de Pez d'Aval, la Dama Roja habita la Silleuse al Norte del Banc-Marquis, y la Dama Negra habita el Grand-Étaqué, al Oeste de Li-Houmet.

Por la noche, á la claridad de la luna, las cuatro señoras salen, y algunas veces se encuentran.

En rigor aquella forma negra podía ser una vela.

Las largas barreras de rocas sobre las cuales parecia marchar podian en efecto ocultar el casco de una barca que bogaba detrás de ellas, y dejar solamente ver la vela.

Pero el guarda se preguntó qué barca á aquellas horas se atreveria á aventurarse entre Li-Hou y la Pécheresse y los Angulliéres y Léréé-Point. ¿Y con qué objeto?

Le pareció mas probable que fuese la Dama Negra.

Cuando la luna acababa de pasar mas allá del campanario de Saint-Pierre du Bois, el sargento del Château Rocquaine, al levantar el puente levadizo, distinguió en la embocadura de la bahía, mas allá de la Haute Canée y mas acá de la Sambule, un buque de vela que parecia bajar del Norte al Sur.

En la costa Sur de Guernesey, detrás de Plainmont,

en el fondo de una bahía cercada toda de precipicios y murallas y cortada á pico dentro del agua, existe un puerto singular que un francés, residente en la isla desde 1855, el mismo tal vez que escribe estas líneas, bautizó con el nombre de «*le Port au quatriéme étage*,» generalmente adoptado en la actualidad.

Aquel puerto, que se llamaba entonces la Moie, es una meseta de piedra, medio natural, medio tallada, que se eleva unos cuarenta pies sobre el nivel del agua, y comunica con las olas por medio de dos gruesas albitanas paralelas en plano inclinado.

Las barcas, izadas á fuerza de brazos por medio de cadenas y garruchas, suben del mar y vuelven á bajar á lo largo de los dos tablonés que hacen el oficio de dos rails. Para los hombres hay una escalera.

Aquel puerto estaba á la sazón muy frecuentado por los contrabandistas, para quienes era cómodo por lo mismo que era poco practicable.

A cosa de las once, algunos contrabandistas, los mismos tal vez con quienes habia contado Clubin, se hallaban con sus fardos en la cima de aquella plataforma de la Moie.

Como los contrabandistas espían, ellos estaban de acecho.

Les sorprendió una vela que desembocó de repente mas allá de la silueta negra del cabo Plainmont.

Habia claridad de luna.

Los contrabandistas vigilaron aquella vela, temiendo

fuese algun guarda-costas que iba á emboscarse en observacion detrás del Hanois mayor.

Pero la vela pasó mas allá de los Hanois, dejó en pos de sí al Nor-oeste la Boue Blondel y se perdió en el esfumino lívido de las brumas del horizonte.

—¿A dónde diablos puede ir aquella barca? se preguntaron los contrabandistas.

En aquella misma tarde, un poco despues de ponerse el sol, se habia oido á alguno que llamaba á la puerta de la casa del Bu de la Calle.

Era un jóven vestido de pardo con medias amarillas, lo que indicaba ser dependiente de la parroquia.

Una pescadora de almejas, que andaba dando vueltas por allí con un farol en la mano, habia llamado al mancebo, y entre las dos se cruzaron las siguientes palabras delante del Bu de la Calle.

—¿Qué se os ofrece, mocito?

—El hombre que vive aquí.

—No está.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Estará mañana?

—Tampoco lo sé.

—¿Ha partido acaso?

—Tambien lo ignoro.

—Sabed, buena mujer, que el nuevo rector de la parroquia, el reverendo Ebenezer Caudray, quisiera hacerle una visita.

—No sé dónde para.

—El reverendo me envia á preguntar si el hombre del Bu de la Calle estará mañana por la mañana en su casa.

—No lo sé.